

Asesinatos en el monte sagrado

● CHO o nueve disparos de pistola. Una ráfaga corta de metrallata. Dos nuevos disparos de pistola y otra ráfaga de metrallata. El primer grupo de carlistas que avanzaba hacia la cumbre de su monte sagrado, unas cien o ciento cincuenta personas, en su mayoría jóvenes, se abalanza hacia el suelo. Así se quedan unos segundos. Luego gritos y llantos, algunos desgarrados, histéricos; hay cuatro heridos de bala, uno prácticamente muerto, con un tiro en el pecho, muy cerca del corazón.

En el Montejurra 76, cuando ya se estaba tan sólo a unos trescientos o cuatrocientos metros de la cumbre, se habían cumplido las tristes previsiones: "ellos" habían matado. Disparando casi a bocajarro sobre una masa desarmada, que avanzaba tranquilamente, entre la fuerte niebla, por la durísima pendiente que conduce a la cumbre.

La niebla que rodeaba toda la montaña y que confería un carácter casi fantasmagórico a la marcha, apagó los disparos, que se oyeron secos, casi como cohetes sin fuerza. En un primer momento, la gente que no había visto directamente los hechos creyó precisamente que alguien había prendido cohetes. Pero las dos breves ráfagas que sucedieron a los tiros de pistola demostraban claramente que el ruido procedía de un arma de fuego. A quinientos metros del lugar del tiroteo, un par de balas silbaron por encima de las cabezas de la comitiva. Sorpresa, primero. Un corto silencio, después. Y luego, un paso apresurado para acercarse.

El grupo de gente más próxima a los heridos, y que por una increíble suerte se había librado de ser alcanzada, pedía desesperadamente auxilios sanitarios. A los pocos minutos bajaba, en una manta agarrada por seis muchachos, un joven de veinte años —Ricardo García Pellejero, de Estella— tremendamente pálido, ya casi muerto. Cada cincuenta o sesenta metros se le practicaba la respiración boca a boca. Llegaría muerto a la base de la cumbre. A continuación bajarían otros tres heridos: uno de ellos en la parte alta del muslo, perdiendo muchísima sangre.

La gente estaba paralizada. Pasaron unos minutos tensos, en los que muchos preguntaban angustiados por el nombre de los heridos: alguno de ellos podría ser un familiar. Alrededor de Carlos Hugo de Borbón-Parma, Irene de Holan-

da y María de las Nieves de Borbón-Parma se apiñaban los hombres del servicio de orden del Partido Carlista: podían disparar contra ellos, puesto que estaban exactamente enfrente del lugar desde donde habían partido los tiros. "Estos asesinatos son los que hundan al Régimen", manifestó allí mismo el jefe de la rama carlista a los periodistas que se le acercaron.

que a la subida. "Carlos Hugo, libertad", "Gora Euzkadi askatuta" (coreado por muchos carlistas, aun cuando hubiera también gente de ETA), "Socialismo y autogestión", "Viva Andalucía libre" eran, junto con los ataques a los asesinos, los más usados. Y se empezó también a discutir sobre la personalidad de estos últimos. ¿Quiénes eran y cómo habían subido?

Carlos Elordi

"Que nos den armas"

"Que nos den armas para contestar", pedían algunos, con la rabia de la impotencia. "Esto es lo que nos toca tras haber muerto a millares en la guerra civil", comentaban los más maduros. Se tomó una decisión rápida: Carlos Hugo tenía que bajar inmediatamente, con el riesgo adicional de su detención por paso ilegal de la frontera, y la comitiva, tras rezar un responso, volver también a la base: podía de lo contrario haber más víctimas. Algunos grupos minoritarios proponían continuar el ascenso. Pero la primera opción prevaleció. Y en un extraño clima de distensión, contrario al que pudiera haberse esperado y desde luego muy distinto al que se había producido en anteriores acontecimientos luctuosos —Elda, Vitoria, Basauri, etcétera— se inició el descenso.

A un ritmo muy rápido se bajó por los difíciles y pedregosos caminos, entonando los mismos gritos

¿Quiénes han disparado?

Según las versiones más simpáticas eran los seguidores de don Sixto de Borbón-Parma, el hermano menor de don Carlos Hugo, enfrentado con éste desde hacía dos años y desde hace cuatro meses pretendiente a la jefatura de la rama carlista, apoyado por los sectores más integristas.

Lo cierto es que su primera aparición en público, aquella misma mañana, antes del inicio de la ascensión, había demostrado un carácter muy distinto. En la puerta del monasterio de Irache, a las diez de la mañana, había hecho acto de presencia un grupo paramilitar muy caracterizado. Esos 60 individuos uniformados, marchando al paso, armados de barras de hierro flexibles y recubiertas de plástico —algunos con uniformes de la Legión Extranjera— varios de ellos con pistolas perfectamente detectables en el interior de sus pantalones, tenían muy poco de grupo integrista año-

rante. En su filas se veían algunos conocidos guerrilleros de Cristo Rey y otras organizaciones de extrema derecha que nunca han tenido que ver con el carlismo.

En una pequeña explanada que hay delante de la puerta del monasterio corearon sobre un disperso grupo de unos doscientos carlistas que conversaban tranquilamente antes de iniciar el ascenso. La respuesta de éstos fue inmediata. Armados con los bastones que habrían que utilizar para la subida del monte se lanzaron contra ellos: el enfrentamiento fue brutal. Heridos por las dos partes, algunos de ellos de gravedad. Y visto el cariz que iban tomando los acontecimientos, la previsible derrota, esos sospechosos bultos aparecieron en forma de pistola en las manos de los de extrema derecha: dos tiros y Aniano Jiménez Santos, de la HOAC de Santander, caía gravísimamente herido en el estómago. Los carlistas solicitaron la intervención de la Fuerza Pública que se encontraba en las proximidades. Cuando ésta llegó, los atacantes ya habían desaparecido, retirándose a las órdenes que con un silbato transmitían sus jefes.

Era el primer incidente, gravísimo, de la jornada. Otros tres carlistas pasaban al hospital, uno de ellos con aplastamiento de cráneo, y otro, una señora de cincuenta y cinco años, con nueve puntos también en la cabeza.

Mucha gente no se enteró del mismo hasta mucho después. Entre otras cosas porque los contactos entre unas y otras zonas de la amplísima base del monte eran difíciles. El control policial las impedía. Desde la entrada de Estella, a cuatro kilómetros del lugar, numerosos guardias civiles con Cetme y uniforme de campaña dirigían la circulación, impidiendo la entrada por determinados caminos y canalizando a los vehículos hacia zonas más alejadas, algunas de ellas a más de kilómetro y medio de la campa que está en la base del monte. Fortísimos contingentes de la Policía Armada —del cuerpo especial— y de la Guardia Civil, en un número total superior a los ochocientos hombres, según algunos cálculos, se apostaban en lugares claves.

A las siete de la mañana se repartieron las armas

La extrema derecha había instalado su cuartel general en el com-



Aniano Jiménez Santos, que ahora se debate entre la vida y la muerte con pocas posibilidades de salvarse, momentos después de recibir el balazo en el estómago.

plejo Irache y concretamente en el hotel Irache, lugar un tanto alejado de los acontecimientos anteriores, y en el que se encontraban desde el martes, tal y como algunos carlistas sabían con anterioridad. A las siete de la mañana del domingo se les habían repartido las armas, porras y pistolas. Disponían para sus desplazamientos de tres autobuses, uno de ellos, al parecer, matrícula de Santander. Desde el viernes, y muchos lo sabían en Estella, un retén armado, entre los que se decía había algunos extranjeros —probablemente portugueses y argentinos—, se habían apostado en la cumbre de Montejurra.

Tras el enfrentamiento en la puerta del monasterio, los grupos armados, junto con alguna personalidad conocida de la extrema derecha del carlismo y don Sixto de Borbón-Parma se dirigieron en distintos vehículos a la cumbre del monte, pero a través de una carretera que partiendo precisamente del complejo Irache sube hasta muy cerca de la cumbre por la parte opuesta a la del camino tradicional, y que no estaba vigilada por la Fuerza Pública.

Así llegaron. Para matar a los marxistas, a "los hijos de La Pasiónaria", tal y como dijeron antes de disparar desde la cumbre, y como habían venido anunciando profusamente desde hacía casi un mes, tratando, entre otras cosas, de amedrentar a muchos y evitar que la concentración fuera importante. Pero no pudieron impedir que a Montejurra acudieran ocho o diez mil personas, cuatro o cinco mil de las cuales ascendieron hasta donde pudieron por el monte. Con ellos iban, aunque se quedaron a menos de mitad de camino, no más de sesenta "integristas" independientes que muy probablemente poco tenían que ver con el criminal montaje organizado por los otros. La escasez de brazaletes con los colores de la bandera española, distintivo de los integristas "independientes", demostraba a todas luces cuáles eran las opciones masivas del carlismo.

Las opciones carlistas

Unas opciones que claramente definió José María de Zavala, secretario del Partido Carlista, en el breve y entrecortado (gracias a las constantes pasadas de los helicópteros de la Fuerza Pública) acto político que tuvo lugar a la bajada, junto al repetidor de televisión, desde donde el ascenso se hace a través de un camino de montaña. "Arias ha cometido un grave error. No se puede dejar actuar a un grupo de pistoleros en el monte sagrado del carlismo. Y nuestra sangre la han derramado aquellos que dicen estar en la religión y que están sólo con la oligarquía, contra la que siempre ha luchado el carlismo". Tras él, con ese encendido fervor carismático que los carlistas profesan a los representantes de la dinastía, un fervor inexplicable y que empaña muchas veces la comprensión socio-política del fenómeno carlista, habló Irene de Holanda.



Entre la niebla se sube hacia el monte. Boinas rojas, la "ikurrña" vasca, y la bandera del requeté. Un poco más arriba, los "otros" esperaban.

"El día de hoy es triste y grave para nosotros y para toda España —dijo—. Y las consecuencias de lo que hoy ha pasado en Montejurra pueden ser muy importantes para el país".

Se dio la consigna de tranquilidad, de no provocar, de actuar como militantes de un partido, con disciplina. Pero de responder a las provocaciones cuando éstas se produjeran. "Porque —como dijo Zavala— la energía ha sido siempre uno de los rasgos distintivos de los carlistas". Y desde luego lo habían demostrado aquella mañana en la puerta del monasterio.

Un grupo compacto de unas cuatro mil personas inició el ligero descenso de la recta final de la campa que está a los pies del monte, por debajo del repetidor de televisión. A su derecha, un impresionante despliegue de las brigadas antidisturbios —unos doscientos cincuenta hombres— y unos cincuenta o sesenta guardias civiles con órdenes concretas y palpables de no intervenir; al paso por su lado, los carlistas arrojaron en sus gritos "Carlos Hugo, libertad", "Socialismo, autogestión" y otros. El momento era impresionante, la tensión enorme. Alguien pidió "disolución de los cuerpos represivos"; un pequeño grupo dialogaba con un teniente de la Guardia Civil: "¿Por qué no estaban ustedes arriba como todos los años, sabiendo además que 'ellos' habían tomado la cumbre desde el viernes?". No pasó nada.

Estella, cerrada

Los grupos se disolvieron camino de Estella. No fue posible en-

trar: la ciudad estaba cerrada a cal y canto para los no residentes.

Únicamente algunos afortunados y los periodistas, tras superar sin problemas numerosos controles, pudieron entrar. La ciudad, la Corte carlista de antaño, aparecía desierta, huérfana de los cánticos que tradicionalmente llenaban sus calles a la vuelta de Montejurra.

Por la tarde, a Pamplona. La plaza del Castillo, en la que en los últimos años se producían manifestaciones, estaba tomada por las brigadas antidisturbios. Aparte de ello, nada sobresaliente: Pamplona hacía su vida de tarde de domingo, rompiendo ese clima de ansiedad, tensión y tristeza que hasta ese momento, en Montejurra, en la campa y en Estella lo habría dominado todo. Pocos en Pamplona sabían lo ocurrido.

A las ocho de la tarde, unas trescientas personas se concentraron en la puerta del ambulatorio de la Seguridad Social donde habían sido internados algunos de los heridos. A esa hora se rumoreaba que un hombre había muerto en la base de la cumbre, con un ataque al corazón, impresionado por los sucesos, y que un herido también había fallecido.

Rueda de prensa

De eso se hablaba en los prolegómenos de la rueda de prensa que el Partido Carlista celebraba delante de más de cincuenta periodistas. José María de Zavala leyó el comunicado oficial de la Junta de Gobierno. "El Partido Carlista tomará todas aquellas medidas con-

ducentes a clarificar los hechos y a contestar como es debido a estas acciones criminales y antidemocráticas". Se lanzaron acusaciones fortísimas contra los responsables directos e indirectos de lo ocurrido. Y concluyó afirmando que "ha quedado demostrado que la maniobra para dividir al carlismo y confundir a la opinión pública ha conducido a evidenciar la unidad del carlismo en torno a su líder Carlos Hugo y a la línea ideológico-política del Partido Carlista, conducente a la construcción de un Estado socialista-federal".

Por su parte, los grupos políticos invitados al acto de Montejurra —PSOE, ORT, MCE, PSP, ESP, ES, EJAS, PT, PCE, PC Euzkadi, PSUC, CC, OO.— leían un comunicado de prensa en el que se decía: "Expresamos nuestra más absoluta condena y repulsa ante la agresión criminal de que ha sido objeto el pueblo carlista y la totalidad de los asistentes al Montejurra 76". La organización del Partido Carlista en Navarra llamaba a la huelga general hoy en la provincia. Las restantes organizaciones se sumaron al llamamiento.

Y terminaba así una importante jornada. Triste pero importante. Los tiros del Montejurra, el muerto, los heridos, marcan un hito realmente sustancial en el clima de escalada de la violencia protagonizada y monopolizada por los grupos de extrema derecha. Pero es también una llamada de atención a la política del Gobierno, incapaz —cuando los acontecimientos de Elda, Vitoria y Basauri están todavía muy próximos— de controlar brutales excesos de estas características.

Las características políticas del grupo que ha sido víctima del atentado le confieren a éste una importancia peculiar en la línea apuntada. Porque la violencia de esa extrema derecha española marca la incapacidad de asimilar el hecho de que un grupo teóricamente fiel, vencedor en la guerra civil, asuma posiciones irreconciliablemente críticas en lo político, exigiendo la democracia, y en lo socio-económico, con un planteamiento de socialismo federal. Porque con todas sus complejidades, el fenómeno carlista, un fenómeno poco conocido y que cada día con más fuerza apunta a una línea seria y consecuentemente socialista, con una sensibilidad notable hacia los problemas de las nacionalidades y de las regiones del Estado español, es algo serio y muy a tener en cuenta por la oposición. Y, como se ha demostrado en Montejurra, esa tendencia es la mayoritaria.

Ayer, en las faldas del Montejurra, un carlista, con la sensibilidad que da la rabia, afirmaba: "La aurora de la libertad está cegada en España, como la niebla ciega hoy la cumbre del Montejurra". De una forma dramática, el domingo 9 de mayo, muchas nieblas, para quien las tuviera delante de los ojos, desaparecieron en las cumbres del Montejurra. Las unas y las otras. ■